



tar la magnanimidad de su predecesora, se irritó de tal modo con la respuesta, que no sólo no perdonó jamás al condestable, sino que extendió su mezquino resentimiento hasta Gonzalo, el cual vió desde entonces al duque de Alba reemplazarle en el puesto de honor que hasta allí había ocupado exclusivamente, yendo al lado de la reina, siempre que ésta salía en público.

Por indiferente que Gonzalo fuera á las pequeñas mortificaciones que le causara el enojo mujerial, no pudo ya continuar residiendo por más tiempo en una corte en que ya había perdido todo su favor con el soberano, y en la que sólo había encontrado engaño é ingratitude; así es que despues de obtenida la vènia, que la obtuvo sin dificultad, se retiró á sus Estados, en donde se hallaba cuando, á poco despues, el rey, como para reparar algun tanto la enorme falta de cumplimiento á sus promesas, le concedió la ciudad real de Loja, distante pocas leguas de Granada. Dióselo de por vida don Fernando, que tuvo la audacia de proponerle, como condicion precisa, para perpetuar la concesion á sus herederos el que renunciara á sus pretensiones al maestrazgo de Santiago; pero Gonzalo replicó con altivez: «Que no renunciaria al derecho de quejarse de la injusticia que con él se había cometido, por la mejor ciudad de los dominios del rey.»

Desde entonces fijó su residencia en sus Estados del Mediodía, y principalmente en Loja, viviendó algunas temporadas en Granada, en donde gozaba de la compañía de su anciano amigo y maestro en el arte de la guerra, el conde de Tendilla. Allí encontró ocupacion abundante en idear medios de mejorar la condicion de los colonos de sus tierras y de las inmediatas; manifestó tambien el mayor interés

por la suerte de los desgraciados moriscos, que eran muy numerosos en aquella parte, á los cuales defendió cuanto pudo contra la despiadada persecucion inquisitorial, y les facilitó al mismo tiempo maestros y otros medios ilustrados para convertirlos ó para afirmarlos más y más en la fe cristiana. En su método de vida ostentaba la misma magnificencia y generosa hospitalidad que siempre había acostumbrado; su casa era visitada por todos los extranjeros ilustrados que llegaban á España, y por la mayor parte de los españoles distinguidos, y especialmente los nobles y caballeros jóvenes, que la frecuentaban como la mejor escuela de finura y de caballeresca cortesania, y manifestaba la más viva curiosidad por saber lo que en el extranjero sucedia, recibiendo continuas noticias por medio de una extensa correspondencia con agentes que á este fin tenia en las principales cortes europeas. Cuando se ajustó la Liga de Chambray, el rey de Francia y el papa se manifestaron deseosos de poner á Gonzalo al frente de los ejércitos aliados; pero D. Fernando le había inferido gran ultraje, para que consintiera tranquilamente en verle de nuevo á la cabeza de fuerzas militares en Italia, no queriendo tampoco utilizar sus servicios en los negocios interiores del reino, y permitiendo que se consumiera el resto de sus dias en un retiro lejano, pero que ni desagradó á Gonzalo, ni dejó de ser útil para los demas. El mundo lo llamó desgracia, y el anciano conde de Ureña exclamó: «La orgullosa nave ha encallado por fin como yo predije.» Pero Gonzalo, á quien se refirió este dicho, contestó al punto: «No tal; se halla en el mejor estado, y sólo aguarda que suba la marea para seguir su rumbo con más ufanía que nunca.»

CAPÍTULO XLVIII

Objeto de la severidad de D. Fernando.—Entusiasmo de Cisneros.—Sus proyectos contra Oran.—Sus aprestos militares.—Su perseverancia.—Va con un ejército al Africa.—Arenga á las tropas.—Encomienda el mando á Navarro.—Batalla delante de Oran.—Toma de Oran.—Pérdida de los moros.—Entra Cisneros en Oran. Oposicion de su general.—Mútua desconfianza del rey y de Cisneros.—Vuelve éste á España.—Rehusa los honores públicos.—Conquistas de Navarro en Africa.—Universidad de Alcalá.—Su magnificencia.—Plan de enseñanza.—El rey visita la universidad.—Edicion poliglota de la Biblia.—Dificultades de esta empresa.—Grandes proyectos de Cisneros.

Las rigurosas medidas de D. Fernando con respecto al marqués de Priego y algunos otros de los nobles excitó general descontento en la celosa aristocracia de Castilla; pero parece que fueron más favorablemente acogidas por la nacion en general á la cual no disgustaba, probablemente, ver humillado aquel altivo cuerpo, que tantas veces había hollado los derechos de los inferiores. Pero aún con respecto á los nobles, si aquellas se consideran políticamente, no parece que fueron desacertadas; porque les mostraban que el rey, cuyos talentos habían siempre respetado, se encontraba ahora con fuerzas bastantes para hacerse obedecer, y muy dispuesto á emplearlas.

A la verdad, la conducta que observó don Fernando despues de su regreso, con muy cortas excepciones, debe confesarse que fué en extremo benigna y generosa; y mucho más todavía, si se considera que había sido provocado por los insultos personales que le hicieran y por el abandono de aquellos mismos á quienes había colmado de favores. Pocos ejemplos, ciertamente, presenta la historia de templanza semejante despues del restablecimiento de un rey ó de un partido desterrado. La conducta tiránica y violenta no se avenia con su carácter, en el cual las pasiones, aún las más fuertes, por naturaleza se hallaban siempre dominadas

por la razón: y la que ahora observó, y sus presentes actos de severidad, aunque parezca ésta excesiva, deben considerarse, por lo tanto, no como arrebatos de resentimientos personales, sino cálculos de una política prudente, dirigida á infundir terror en los espíritus turbulentos á quienes sólo el miedo puede tener á raya.

Excitábanle á esta conducta enérgica, segun se decia, los consejos de Cisneros. Este eminente prelado había llegado ya á la más alta de las dignidades eclesiásticas despues del pontificado; á poco del restablecimiento de don Fernando, recibió el capelo de cardenal que le envió el papa Julio II, y á este nombramiento se siguió el de inquisidor general de Castilla, en reemplazo de Deza, arzobispo de Sevilla. Debía esperarse que las importantes funciones que por estos cargos le correspondian, y además los que desempeñaba como primado de España dieran abundante campo á su espíritu dominante; pero sus miras, por el contrario, se ensanchaban más y más á cada paso que daba en su elevacion, y ahora llegaban ya casi á las de un soberano independiente. Su celo por la propagacion de la fe católica brillaba con más terrible esplendor que nunca: si hubiera vivido en el siglo de las Cruzadas, indudablemente hubiera capitaneado en persona una de aque-



llas empresas, porque bajo sus hábitos monacales había un corazón de soldado. Cisneros, lo mismo que Colon, había formado proyecto para la reconquista del Santo Sepulcro, aun en esta época tan distante de aquellas expediciones; pero su celo encontró mejor dirección en una cruzada contra los moros vecinos de Africa, que tomaban represalias de los daños sufridos en Granada, haciendo continuos desembarcos en las costas meridionales de la Península, cuyos habitantes clamaban en vano porque el gobierno pusiera en ello mano. Ya antes, á instancias y con la ayuda de Cisneros, se había dispuesto una expedición á poco de morir doña Isabel, cuyo resultado fue la toma de Mazarquivir, puerto importante y guarida formidable de piratas, en la costa berberisca, situado enfrente de Cartagena, que tuvo lugar á 13 de setiembre de 1505; pero el nuevo cardenal proyectaba ahora otra empresa más arriesgada, á saber, la conquista de Orán.

Esta plaza, situada como á una legua de la anterior, era una de las más principales que los moros poseían en el Mediterráneo, por ser uno de los mercados más concurridos para el comercio de Levante: encerraba en sus muros unos veinte mil habitantes; hallábase bien fortificada, y finalmente había llegado á un grado de opulencia por su extenso y productivo comercio, que la permitía mantener gran muchedumbre de corsarios, que infestando aquellos mares, llevaban á sus pobladas costas el terror y la devastación.

Apénas D. Fernando estuvo asegurado en su gobierno, cuando Cisneros le instó para que emprendiera esta nueva conquista; pero aunque el rey conoció su importancia, le objetó la escasez de fondos. El cardenal, que se hallaba preparado para este caso, le replicó que «él estaba pronto á tomar prestadas todas las sumas necesarias, y hacer esta expedición á sus expensas, conduciéndola en persona, si el rey se lo permitía,» á lo cual se avino desde luego D. Fernando, que nada tenía que oponer á este modo económico de hacer conquistas, y mucho ménos cuando así daba salida al turbulento espíritu de sus súbditos.

La empresa, por desproporcionada que pue-

da parecer á los recursos de un particular, no era superior á los del cardenal; porque éste había estado durante algun tiempo economizando sus rentas para este fin, aunque algunas las distrajera para redimir á infelices españoles que gemían en el cautiverio. Tenía, además, planos muy exactos de la costa berberisca, los cuales le proporcionó un ingeniero italiano llamado Vianelli; y se había aconsejado acerca del mejor modo de conducir las operaciones, con su amigo Gonzalo de Córbova, al cual, si el rey lo permitía, hubiera confiado el mando de la expedición, si bien se dió por recomendación de aquél al célebre ingeniero el conde Pedro Navarro.

No se perdió un momento en hacer los aprestos necesarios. Además de los veteranos de Italia, se levantaron tropas en todo el reino, y especialmente en la diócesis del cardenal: el cabildo de Toledo tomó parte muy activa en la empresa, dando generosos subsidios y ofreciendo ir en la expedición, y se reunió un poderoso tren de artillería, como también víveres y municiones para el mantenimiento del ejército por cuatro meses. Antes de concluirse la primavera de 1509 todo estaba ya pronto; y una armada de diez galeras y ochenta naves menores flotaba en las aguas de Cartagena, conduciendo á bordo una fuerza que ascendía á cuatro mil caballos y diez mil infantes. Tales fueron los recursos, actividad y energía que desplegó aquel varón eminente, cuya vida, hasta hacia pocos años, se había consumido en la soledad del claustro, y en los pacíficos ejercicios de la piedad religiosa, y que entonces pasaba ya de los setenta años, y se hallaba agobiado por enfermedades más que ordinarias.

En la ejecución de todo esto, el cardenal había encontrado obstáculos mayores que los que provienen de la edad ó de los achaques. Los nobles se habían siempre opuesto á sus proyectos, despreciándolos y burlándose de que un fraile mandara los ejércitos de España, mientras que se dejaba en su retiro al Gran Capitán, haciendo vida de ermitaño: los soldados, especialmente los de Italia y con ellos su capitán Navarro, acostumbrados al mando de Gonzalo, manifestaban muy poca inclinación á po-



nerse á los órdenes de un caudillo espiritual: el rey mismo cayó de ánimo al ver estas diversas muestras de descontento; pero la tormenta que abate á los espíritus débiles sólo sirve para afirmar más y más en sus propósitos á los fuertes, y el genio de Cisneros, creciendo á medida de los obstáculos con que tenía que luchar, consiguió por último triunfar de todos ellos, reanimando al rey, dejando burlados á los nobles, y restableciendo la subordinación y disciplina de los soldados.

A 16 de Mayo de 1509 se hizo la escuadra á la vela, y al día siguiente arribó al puerto africano de Mazarquivir, y el desembarco se verificó sin pérdida de momento, porque las fogatas que en las cimas de las montañas se veían, daban á entender que el país se hallaba ya sobre aviso. El proyecto era dirigir el ataque principal contra una eminencia ó punta de tierra que entre Mazarquivir y Orán se levantaba, y que estaba tan cerca de esta última plaza que la dominaba enteramente, al mismo tiempo que se presentaría la escuadra delante de la ciudad morisca, y rompiendo contra ella un vivo fuego de cañon, distraería la atención de sus habitantes para que no advirtieran el principal punto de ataque.

Inmediatamente que el ejército español hubo desembarcado y formado en orden de batalla, Cisneros, montado en su mula, recorrió sus filas. El cardenal vestía sus hábitos pontificales, y ceñía á su costado una espada: precediale un fraile franciscano, que llevaba en alto la cruz de plata maziza, estandarte arzobispal de Toledo; y le rodeaban y seguían otros hermanos de su orden con sus sayales monásticos, y con cimitarras pendientes de la cintura. Cuando se adelantó aquella comitiva religiosa entonó el himno triunfante de *Vexilla regis*, hasta que habiendo subido Cisneros á una pequeña altura, impuso silencio y dirigió á sus tropas una breve, pero animada arenga. En ella les puso de manifiesto los daños que los moros les habían causado, la devastación de sus costas y la cruel esclavitud en que gemían sus hermanos: luego que excitó en ellos lo bastante su cólera contra los enemigos de su patria y religion, abrió el apetito á su codicia, presentándoles los

ricos despojos que en la opulenta ciudad de Orán les esperaban; y concluyó su discurso declarando que había venido para arriesgar su vida en defensa de la santa causa de la cruz, y para conducirlos al combate, como sus predecesores lo habían ya hecho muchas veces.

El aspecto venerable y la fervorosa elocuencia del primado, encendieron la llama del entusiasmo en los corazones de su marcial auditorio, el cual lo demostró con un silencio profundo y reverente; pero los oficiales le rodearon al concluir su arenga, y le suplicaron que no expusiera su sagrada persona á los riesgos de un combate, tanto más, cuanto que su presencia sería probablemente más perjudicial que provechosa, pues los soldados atenderían más á la seguridad de aquélla que á lo principal de la pelea. Esta última consideración produjo efecto en el cardenal, el cual, aunque con alguna repugnancia, consintió en ceder á Navarro el mando; y despues de dar su última bendición á los soldados postrados á sus piés, se retiró á la inmediata fortaleza de Mazarquivir.

El día tocaba ya á su término, y las alturas de la sierra que los españoles se proponían atacar principalmente, se veían cubiertas de enemigos; así es que Navarro, viendo aquella posición tan fuertemente defendida, dudó si podría su gente ocuparla ántes de que viniese la noche, y mucho más sin haberla dado ningún descanso ni refresco, despues de las penalidades sufridas aquel día. Volvió, por lo tanto, á Mazarquivir, á tomar consejo de Cisneros; pero éste, á quien encontró en oración, le suplicó que «no se detuviera en tan críticos momentos, sino que siguiera adelante en nombre de Dios, pues tanto el divino Salvador como el falso profeta Mahoma conspiraban para entregar al enemigo en sus manos.» Los escrúpulos del soldado se desvanecieron ante la intrépida animosidad del prelado, y volviendo al ejército dió inmediatamente la orden de ataque.

Lenta y silenciosamente principiaron las tropas españolas su subida á las empinadas cumbres de la sierra, protegidos por una espesa niebla que, cubriendo las faldas de las montañas, les ocultó durante algun tiempo á la vista de su enemigo: pero apénas subieron algun



tanto, saliendo de aquella oscuridad, fueron recibidas con una lluvia de balas, dardos y otros mortíferos proyectiles que sobre ellas descargaron los moros, los cuales, precipitándose á su encuentro, procuraban rechazar su asalto. Nada pudo todo esto, sin embargo, contra las largas picas y apretadas masas de los acometedores, que sufrieron el choque inmóviles como rocas; pero el número de los enemigos, igual, si no superior, al de los españoles, y la ventajosa posición que ocupaban, les permitieron disputar el terreno palmo á palmo, con terrible obstinación. Por último, Navarro consiguió apoderarse de una pequeña batería de cañones de grueso calibre, cuyo fuego dirigió contra el flanco de los moros, haciéndose muy pronto visibles los efectos de esta maniobra; porque los costados de la columna musulmana, no teniendo abrigo alguno contra aquellos mortíferos tiros, se quebrantaron y desordenaron. La confusión se extendió muy pronto á las filas de la división central que, estrechamente acosada por la muralla de hierro de los piqueros de la vanguardia española, principió también á cejar, y la retirada se convirtió á muy luego en desordenada fuga. Siguiéron en su persecución los españoles, y muchos de ellos, y en especial los soldados nuevos, abandonando su puesto, persiguieron á su enemigo fugitivo sin escuchar los mandatos ni las amenazas de sus jefes. Fatal hubiera podido serles esto si los moros hubieran tenido el ánimo ó la disciplina necesaria para rehacerse; pero en el estado en que se hallaban, la dispersión de los soldados cristianos, multiplicando en la apariencia su fuerza verdadera, sólo sirvió para aumentar el pánico y acelerar la huida de los moros.

Mientras esto sucedía, la flota había anclado delante de la ciudad, rompiendo contra ella un fuego vivísimo, que fué contestado con el mismo vigor por las sesenta bocas que guarnecían sus murallas; pero las tropas que á su bordo estaban, consiguieron, á pesar de todo, verificar su desembarco, y muy pronto se reunieron á sus victoriosos compatriotas, que bajaban de la sierra, después de lo cual, todos juntos, se dirigieron apresuradamente á Orán, resueltos á tomar la plaza por asalto. Muy fal-

tos iban de escalas; mas la grande energía de aquellos momentos, triunfó de todos los obstáculos, y plantando sus largas picas contra los muros, ó enclavándolas en las grietas que sus piedras formaban, consiguieron subir, trepando con increíble destreza, por más que les fuera de todo punto imposible repetir esta misma operación al día siguiente á sangre fría. El primero que logró ganar las almenas fué Sousa, capitán de la guardia del cardenal, el cual, á la voz de *Santiago y Cisneros*, dió al viento su bandera con el blason de las armas del primado por una parte, y por la otra una cruz, y la plantó sobre los adarves. Muy pronto se vieron otras seis banderas ondear sobre las murallas, y los soldados, entonces, penetrando en la ciudad, lograron apoderarse de las puertas y abrirlas á sus compañeros: precipitose por ellas todo el ejército, arrollando cuanto á su paso encontraba, y aunque algunos pocos procuraron hacer frente á aquel torrente impetuoso, la mayor parte se refugiaron en las casas y mezquitas. Ni la resistencia ni la huida les fueron, sin embargo, de provecho alguno: no hubo cuartel ni respeto á edad ni sexo, y la soldadesca se entregó á toda la brutal licencia y ferocidad que mancillan las guerras religiosas más que todas las otras. En vano procuraba Navarro detener á los suyos, éstos volvían de nuevo á la matanza como fieras hambrientas, hasta que, por último, saciados ya de sangre y hartos de manjares y de vino que hallaron en las casas, se entregaron al sueño más profundo, todos mezclados y confundidos en las calles y en las plazas.

El sol, que en la mañana precedente había derramado sus rayos sobre la ciudad de Orán, floreciente con todo el orgullo de la opulencia comercial, y con el bullicio de una población libre é industriosa, alumbró ahora á una ciudad cautiva y llena de fieros conquistadores, que entregados al sueño yacían sobre montones de víctimas sacrificadas. Se dice que perecieron más de cuatro mil moros en la pelea, y que de cinco á ocho mil más, quedaron prisioneros; siendo de poca consideración la pérdida de los cristianos. En cuanto el general español tomó las necesarias disposiciones para limpiar la ciu-



dad de sus tristes é inmundas impurezas, dió aviso al cardenal, invitándole á que viniera á tomar posesión de ella. Cisneros, entonces, pasó á bordo de su galera; y cuando al costear la ciudad vió sus vistosos pabellones y brillantes minaretes reflejándose en las aguas, su corazón rebosó de alegría, por la gloriosa adquisición que para la España cristiana había hecho. Parecía increíble que ciudad tan bien fortificada y guarnecida pudiera haberse tomado con tanta facilidad.

Así que el cardenal hubo desembarcado y entrado por sus puertas, seguido de algunos frailes de su orden, le saludó el ejército con atronadoras aclamaciones, como al verdadero vencedor de Orán, en cuyo favor se había dignado el cielo repetir el portentoso milagro de Josué, deteniendo al sol en su carrera; pero Cisneros, declinando con humildad el mérito de aquella empresa, repetía en alta voz las sublimes palabras del salmista, *Non nobis, Domine, non nobis*, al mismo tiempo que daba su bendición á los soldados. Llévaronle después al alcázar, haciéndole entrega de las llaves de aquella fortaleza, y poniendo á su disposición, para que los distribuyese, los despojos de la ciudad cautiva, que ascendían, según se dice, á medio millón de ducados de oro, fruto de un dilatado y próspero comercio y provechosa piratería; si bien lo que más regocijó su corazón fué la libertad de trescientos cautivos cristianos, que gemían en las mazmorras de Orán. Pocas horas después de la rendición de esta plaza, llegó el *Mezuar* de Tremecen con poderoso refuerzo á socorrerla; pero se retiró inmediatamente al saber lo que ocurría. Fortuna fué que no se difiriese el ataque hasta el siguiente día, lo cual, debido enteramente á Cisneros, se atribuyó por la mayor parte á inspiración divina; pero bien puede asimismo explicarse, con razón no menos probable, por el atrevimiento é impetuoso entusiasmo del carácter de Cisneros.

La conquista de Orán abrió ilimitado campo á las ambiciones de éste, que ya en su imaginación contemplaba la enseña de la cruz ondeando triunfante en las murallas de todas las ciudades musulmanas del Mediterráneo; pero

experimentó graves obstáculos para la prosecución de sus empresas. Fué el primero producido por Navarro; porque acostumbrado éste al mando en jefe, no podía llevar en paciencia su actual subordinación, y mucho menos bajo las órdenes de un caudillo eclesiástico, cuya ciencia militar despreciaba con razón. Era Navarro un soldado brusco y sin letras, y habló al primado con áspera franqueza: le dijo, «que su comisión había terminado con la toma de Orán: que dos generales eran demasiado para un solo ejército: que se contentara con los laureles adquiridos; y por último, que en vez de hacer el papel de rey, se retirase á cuidar de su rebaño, y dejara el pelear para los que de ello hacían profesión.»

Pero lo que causó en el prelado mayor efecto que la insolencia de su general, fué una carta, que cayó en sus manos, dirigida por el rey al conde Navarro, en la cual le encargaba que buscara algún pretexto para detener al cardenal en África por todo el tiempo que pudiera servir de algo su presencia. Cisneros tenía muy buenas razones para conocer que el favor que el monarca le dispensaba procedía más bien de interés propio que de atención á su persona. D. Fernando había deseado siempre el arzobispado de Toledo para su hijo natural predilecto, Alfonso de Aragón: después de su vuelta de Nápoles, había importunado á Cisneros para que le renunciase, pasando al de Zaragoza que desempeñaba Alfonso, hasta que por fin indignado el prelado, le manifestó terminantemente que «nunca consentiría en comerciar con las dignidades de la Iglesia, y que si su alteza le volvía á hablar del asunto, renunciaría si el primado, pero sería para volver á sumirse en la oscuridad del claustro de donde la reina su señora le había sacado.» El Rey Católico, que además del descrédito que esto le acarrearía, no podía deshacerse sin grave daño de tan útil ministro, conocía perfectamente el inflexible carácter de Cisneros, y no volvió, por lo tanto, á molestarle más sobre este particular.

Con razón plausible, por consiguiente, para desconfiar del buen afecto de su soberano, el cardenal interpretó del modo para él más desfavorable las frases de aquella carta, y se con-